La alegría de los invisibles: cuando Colo-Colo teje lo que el poder desgarra

Por Fernando Monsalve. Abogado, ex presidente CSyD Colo Colo

Frente a una clase política que en general ningunea la cultura de masas y reduce la dignidad a cálculos de salón, el triunfo popular del Cacique sigue siendo un refugio contrahegemónico y el abrazo que recompone el tejido social desgastado por la rutina.

Hay un Chile que despierta a las cinco de la mañana, cuando la escarcha todavía muerde los huesos y la noche se niega a soltar las calles de la periferia. Es el Chile de los paraderos oscuros, de micros atiborradas y pasajes que suben sin tregua hacia los cerros; el país de mujeres y hombres que apuran el paso con el tiempo justo para dejar a sus hijos en el colegio antes de regalarle el cuerpo entero a jornadas extenuantes. Vuelven doce horas más tarde, si el tránsito lo permite, a preparar una once-comida austera, a arañar unos minutos con la familia y a constatar, libreta en mano, que la vida no se mide en meses, sino en el milagro cotidiano de llegar al final de la semana. Para este país trabajador, el cansancio es una sombra pegada a los talones y las certezas materiales escasean tanto como las alegrías.

En las alturas del poder, sin embargo, esa realidad no existe sino como estadística o consigna de campaña. Las dirigencias políticas —tanto de derecha como de esa izquierda tecnocrática encerrada en seminarios— hace mucho que le dieron la espalda a la clase trabajadora. Desde sus púlpitos legislativos y sus balances macroeconómicos, son incapaces de descifrar la fibra emocional del pueblo. Incapaces, sobre todo, de entender que la dignidad no solo se disputa en el Congreso: se defiende y

se respira en los espacios donde la gente común se reconoce, se abraza y se sostiene.

Por eso ningunean el deporte; por eso desprecian el fútbol. Lo reducen con arrogancia a un simple espectáculo alienante, a un negocio de sociedades anónimas o a una válvula de escape para "adormecer conciencias". Su miopía es histórica: nombran ministros de cartón que duran un suspiro sin haber pisado jamás una cancha de barrio, o promueven autoridades serviles a intereses corporativos y fundaciones privadas, mientras ignoran deliberadamente que las instituciones deportivas y barriales son, en esencia, trincheras de afecto colectivo.

Y en esa cartografía del alma chilena, Colo-Colo no es simplemente un club: es la institución civil y el movimiento social de masas más grande, transversal y potente de nuestra historia. Si en el país formal representa a la mitad más uno, en las poblaciones, campamentos, ferias y talleres esa cifra roza la totalidad. Colo-Colo es el idioma común de los desposeídos.

Cuando Colo-Colo sale campeón, lo que estalla en los pasajes no es una victoria estadística ni el éxito pasajero de once jugadores en una cancha. Es un desahogo primordial. Es ver cómo el vecino que apenas saluda se funde en un abrazo de lágrimas con el joven de la esquina; es la abuela colgando la bandera blanca y negra en la ventana rota; es el orgullo de quien, perdiendo todos los días contra un sistema despiadado, siente que al menos hoy ganó. Ese festejo desborda cualquier cálculo elitista: es la recomposición espontánea de un tejido social que el modelo neoliberal se esmera en fragmentar e individualizar cada mañana.

Esa complicidad popular es profundamente contrahegemónica. En un modelo que exige aislarse, competir y desconfiar del prójimo, encontrarse en la vereda para cantar por el Cacique es un acto de resistencia afectiva. Es demostrar que la comunidad sigue viva, latiendo debajo del asfalto y de la

precariedad. Ningún proyecto de transformación social que aspire a ser genuinamente nuevo, humano y emancipador podrá construirse sin convocar a ese pueblo real, con sus pasiones, sus dolores y sus propios símbolos de identidad.

Las dirigencias podrán seguir administrando sus discursos vacíos y sus leyes distantes, pero el pueblo ya tiene su propio refugio. Un triunfo de Colo-Colo no borra la miseria del salario ni la intemperie del sistema, pero le devuelve a millones de almas el combustible imprescindible para seguir de pie: la certeza de que no están solos y el derecho irrenunciable a ser felices, aunque sea por una noche, apretados en un mismo grito de gol.